

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1. El arca de la palabra.....	1
2. El umbral del asombro.....	2
3. La confianza	4
4. Para concluir	5
5. Concretando.....	5
6. Compromiso	6
7. Y ¿cómo puedo ampliar?.....	6

TEMA 3. La escucha, el asombro, y la confianza

Damos este mes un paso adelante en nuestro itinerario para completar un primer tríptico sobre el tema de la filiación. La generación, el don de la vida, el nacimiento, la memoria son temas que apuntan al misterio de nuestro origen. Somos hijos, y además nunca dejamos de serlo. Por ello hemos de aprender a serlo durante toda nuestra vida.

Ser hijo es aprender una lengua, para lo cual es siempre preciso *escuchar*. El aprendizaje de la lengua dura toda la vida, como un relato que se va progresivamente urdiendo en las relaciones con los demás. La experiencia del *asombro* es propia del hombre en su condición de hijo. Asombrarse ante la realidad nos da una visión singular que nos diferencia de los animales y nos permite penetrar en el corazón del misterio. Finalmente haremos algunos apuntes sobre la *confianza* como un acto humano básico, propio de nuestra condición filial. Fiándonos de nuestros padres y seres queridos estamos llamados a crecer en la confianza hacia los demás.

1. El arca de la palabra

El hijo no sabe hablar. Nace infante, del latín *infans*, «el que no habla». El hijo recibe de sus padres el amor y con él, el don de la palabra. Los padres ponen el nombre al hijo otorgándole una semilla de su identidad. Con ello le abren el camino de su vocación que ha de ir madurando progresivamente con el tiempo. La primera e insuperable forma de aprendizaje del hijo es la escucha.

El hijo aprende como primera lengua, la lengua del amor, que no es sino la lengua materna. La madre junto a su sonrisa le canta al niño, porque está “encantada” con el don de su presencia. De este modo acompasa la comunicación no verbal con la comunicación verbal que introduce al hijo en el mundo simbólico del



lenguaje. El canto es una forma sublime de comunicación. Como afirma S. Agustín: “cantar es propio del que ama” («*cantare amantis est*», Sermón 336, 1). El amor es la fuente del canto. El canto es expresión del amor.

Al ritmo de las palabras maternas el hijo va despertando a la vida, va progresivamente abriendo sus oídos, sus ojos, todos sus sentidos a la maravillosa realidad del mundo que le circunda. Si el hijo es acogido por la padres, la escucha es la primera hospitalidad del hijo. Escuchar es la condición de todas las demás hospitalidades. La humildad es, de este modo, la primera virtud existencial del hijo. Escuchando lo que le dicen sus padres, el hijo aprende a escucharlos a ellos. Este paso del “algo” a “alguien” se va entrelazando con el movimiento del “alguien” al “algo”. Personas y palabras, palabras y personas van configurando al hijo para que se descubra como persona parlante y pueda dialogar con las demás personas.

La escucha es ya una forma de respuesta. Como afirma bellamente Péguy, para escuchar es “necesario abandonarse” a otro. Escuchar, por consiguiente, no se reduce a descodificar como puede hacer una máquina, sino que la escucha es siempre palpitante. El hijo escucha, en este sentido, con todo su cuerpo que le revela su ser esencialmente receptivo. En esta receptividad se entrelazan pasividad y actividad.

La palabra procede del silencio y se dirige al silencio. El silencio no se reduce a ausencia de sonido sino que existen diferentes modalidades del mismo. El silencio como escucha, como respuesta, como éxtasis... Callar nunca es inerte pasividad sino trabajo activo. La máxima expresión del silencio es el silencio del amor, el silencio de la unión con Dios, un silencio “nupcial” donde se experimenta la máxima comunicatividad del amor. El ámbito humano de acogimiento es el silencio. El silencio verdadero no es la mera falta de palabras; es la atención simultánea a las realidades que confluyen en un determinado momento. Este tipo de silencio va unido al recogimiento y al sobrecogimiento. Yo no me recojo para quedarme a solas, en la torre de mi egoísmo, sino para dejarme sobrecoger por lo valioso. Leo un pensamiento profundo y me mantengo en silencio para ofrecerle un campo de resonancia adecuado, en el que pueda dar de sí toda su riqueza. Esta riqueza me sobrecoge gracias al recogimiento que guardo. Si queremos captar los mensajes profundos, hemos de aprender a recogernos e invitar a nuestros hijos a hacerlo.

La función primaria del lenguaje es crear vínculos, servir de vehículo al encuentro interpersonal. El lenguaje es un medio en el cual pueden gestarse vínculos interpersonales o destruirse. Ser locuentes es privilegio del ser humano en todo el inmenso y admirable universo. Significa mucho más que tener la capacidad de comunicarnos; implica que venimos de un encuentro amoroso y estamos llamados a crear toda serie de encuentros.

2. El umbral del asombro

Si el hombre es palabra y en cuanto palabra responde siempre, entonces habla también cuando no habla. El hombre también habla cuando ve y responde cuando observa en silencio. No hay, por consiguiente, oposición entre hablar y ver como si el primero fuera siempre “dialógico” y el segundo “monológico”. El asombro es una experiencia relacionada con la visión y que ya desde pequeños podemos experimentar.

“Al caer, el torrente no se asombra. Y los bosques bajan silenciosamente al ritmo del torrente –pero ¡el hombre se asombra! El umbral en que el mundo lo traspasa es el umbral del asombro (Antaño a este asombro lo llamaron “Adán”)”. En estos versos de S. Juan Pablo II al inicio de su poemario *Tríptico Romano* se nos desvela la originalidad del asombro humano frente a los demás seres que no experimentan asombro alguno.

Platón atribuye a la vista dos características fundamentales: la agudeza y la pureza. Se trata de dos aspectos que muestran la capacidad de relación humana, de su capacidad de entrar íntimamente en contacto con la realidad sin falsificarla. Para Platón, el ojo no es solamente capaz de ver sino propiamente de mirar. Es decir, realizar una actividad dirigida por el sujeto mismo. El hijo ha de aprender a mirar que es como saber ver. El asombro favorece este paso del ver al mirar. Aristóteles reafirma esta conexión entre ver-conocer-saber situando el acto de ver entre las acciones perfectas. Éstas son aquellas que conteniendo el propio fin, no comportan ninguna escisión o dilación en el tiempo. De este modo el acto de ver se especifica como acción perfecta en cuanto realizada, instantánea y estable. Junto a la agudeza y la pureza aparece también la instantaneidad como característica propia de la visión humana.

El asombro no se reduce, sin embargo, a una simple sensación óptica. En Platón el asombro es un maravillarse que abre el espíritu al misterio del origen divino de lo inteligible. En Aristóteles es lo que hace progresar la ciencia para el placer del sabio.



El rasgo más inmediato de la experiencia del asombro es la sorpresa. Lo que se manifiesta en el asombro no solamente aparece, sino que se presenta de modo que impresiona. Esta sorpresa consiste en ser sorprendidos. Uno no decide ser sorprendido por lo que el asombro sucede siempre de forma imprevista e inesperada. La temporalidad del asombro se

sustrae, así, de la previsión o del proyecto. Lo que sorprende no es necesariamente lo excepcional o extraordinario. La mayoría de las veces la fuente de la sorpresa más profunda es precisamente lo familiar, lo más común. De este modo la sorpresa puede provenir de la forma de moverse al viento de una hoja, la sonrisa de un niño, la mirada de una chica, la belleza de una melodía... Por otro lado, por ser comunes y familiares, no todas las cosas sorprenden, nos podemos habituar a que nada nos sorprenda. De este modo, y aunque suene a juego de palabras, el asombro es una experiencia excepcional pero no de lo excepcional.

Un libro reciente ha afrontado la cuestión de la educación en el asombro. La autora, Catherine L' Ecuyer, se pregunta en él: ¿cómo educar en un mundo frenético e hiperexigente? ¿Cómo conseguir que un niño, y luego un adolescente, actúe con ilusión, sea capaz de estar quieto observando con calma lo que le rodea, piense antes de actuar y esté motivado para aprender sin miedo al esfuerzo? Los niños de los últimos veinte años viven en un entorno cada vez más frenético y



exigente, que por un lado ha hecho la tarea de educar más compleja, y por otro, los ha alejado de lo esencial. Vemos necesario para su futuro éxito programarlos para un sinnúmero de actividades que, poco a poco, les están apartando del ocio de siempre, del juego libre, de la naturaleza, del silencio, de la belleza. Su vida se ha convertido en una verdadera carrera para quemar etapas, lo que les aleja cada vez más de su propia naturaleza, de su inocencia, de sus ritmos, de su sentido del misterio. Muchos niños se están perdiendo lo mejor de la vida: descubrir el mundo, adentrarse en la realidad. Un ruido ensordecedor acalla sus preguntas, las estridentes pantallas interrumpen el aprendizaje lento de todo lo maravilloso que hay que descubrir por primera vez.

En el asombro, junto a la sorpresa se da también la pregunta. Los hijos hacen tantas preguntas a su padres. No todas tienen respuesta y no todas son adecuadas. Aprender a preguntar, a encontrar las grandes preguntas es ya un principio de sabiduría no pequeño. Por tanto, así como no hay asombro sin sorpresa, no hay asombro sin pregunta. El silencio que acompaña al asombro no es la expresión de un mutismo sino más bien de un clamor. El asombro es parlante aún antes de hablar, pues manifiesta un continuo ser interpelados, de estar llamados a responder. El tiempo del asombro no es el mudo instante del fulgor, suspensión idolátrica frente a lo que me aterra, sino que es un tiempo de palabra. El asombro es una experiencia de palabra antes de ser una experiencia de palabras.

3. La confianza

La confianza es propia de la condición humana. El hijo desde muy pequeño ha de aprender a confiar en sus padres, y poco a poco, a lo largo de su vida en la medida que crecen sus relaciones ha de ir confiando en las demás personas. Los psicólogos nos hablan de una “confianza originaria” del hombre, sin la cual no es posible una vida sana. La relación del hijo con la madre ha de ser habitualmente la de que el niño se abandone a su madre. Toda confianza ulterior, todo abandonarse a otras personas se funda en esta experiencia original. La experiencia de la filiación está estrechamente vinculada a la confianza. Se crece en la filiación en la medida que se confía más y en más personas.

La confianza es, pues, algo natural en el hombre. Es inevitable por el contexto de interdependencia que vivimos cotidianamente los hombres. La confianza es un modo de hacerse dependiente y vulnerable, y esto no es negativo, sino todo lo contrario. El que ama siempre se encuentra en situación de debilidad. Así podemos reconocer que entre amor y confianza hay una vinculación y circularidad importante. Como ejemplo de lo que decimos puede servir lo que el filósofo alemán Robert Spaemann narra acerca del comportamiento del todo inusual de una vendedora de un teatro de Stuttgart, que vendió entradas con rebaja a un joven que decía ser estudiante, aunque no llevara consigo su correspondiente carnet. La vendedora le hizo la siguiente observación: “no lo conozco, por tanto, no tengo motivo para no fiarme de usted”.

Podríamos decir que la confianza contiene tres niveles: confianza en personas, confianza en cosas y confianza en instituciones. El primero es lógicamente el más importante. La confianza es un acto humano que referimos principalmente a personas libres. Es un proceso dinámico que admite grados y medidas. No confiamos igualmente en todas las personas, pues naturalmente unas



nos inspiran más confianza que otras. El comportamiento excelente de las personas las acredita para ser más dignas de nuestra confianza. Es importante suscitar y alentar la confianza. El aristócrata y militar francés La Rochefoucauld, que consideraba la política como un juego de ajedrez, afirmaba que “es más honroso ser defraudado por los amigos que desconfiar de ellos”.

La confianza en las cosas y en las instituciones es una cuestión de medida prudente. Hoy vivimos tiempos de una gran desconfianza institucional. Quizás no nos falten motivos para ello, pero es importante cultivar la confianza en las instituciones. No se trata de ingenuidad sino de valorar en su justa medida la necesidad de las instituciones que están formadas por personas concretas. En este sentido, no deja de ser bien significativo que la familia es la institución más valorada hoy día. Esta valoración requiere también de la confianza en otras instituciones: la escuela, la parroquia, empresas, organizaciones... Hemos de caer en la cuenta de algo importante: a diferencia de la confianza personal, que puede restituirse con un cambio en las personas concretas, la confianza en las instituciones se restituye muy lentamente y con no pocas dificultades. La pérdida de credibilidad institucional dificulta enormemente la vida social en todos los niveles. Si *a priori* no me puedo fiar de un médico, de un juez, de un maestro, de un sacerdote, la vida se hace imposible.

La confianza en Dios ha de ser absoluta e inquebrantable. Ello no equivale a un ingenuo optimismo en el futuro, pero nos permite mirarlo a la luz de la fe. Con la confianza ocurre algo peculiar y es que la confianza genera confianza. Confiar en Dios ha de generar confianza en las personas, en las cosas y en las instituciones. Se trata de un “círculo virtuoso” que es importante fomentar.

Un ejemplo heroico de la fuerza transformadora de la confianza es el caso de la mujer del gran literato Fedor Dostoiewski. Cuando le pidió por enésima vez dinero para jugar, ella solamente tenía una pequeña herencia que le quedaba. Él le habló de una inversión de grandes perspectivas, y ella aunque no le creyó ni una palabra se lo dio sin vacilar. Él lo perdió todo en el juego. Pero la vergüenza de haber abusado de la confianza de su mujer le curó de una vez para siempre de su adicción al juego.

4. Para concluir

Como hemos podido comprobar la palabra, el asombro y la confianza son tres experiencias fundamentales de nuestra filiación. Aprender a ser hijo es aprender a hablar, crecer en la capacidad de asombro, fomentar la confianza en los demás. Se acerca el misterio de la Navidad en la que la Palabra se hace carne, para suscitar nuestro asombro que nos conduce a la adoración del Misterio y podemos así crecer en nuestra confianza ante la radical cercanía y proximidad de Dios. Dispongámonos en familia en este santo tiempo de Adviento a celebrar la Natividad de nuestro Señor de la mano de Santa María, Mujer de la escucha, Maestra del asombro y Discípula perfecta en la confianza en Dios.

5. Concretando

1. Comenta la relación palabra, canto y amor, y su importancia para la persona humana
2. ¿Cómo aprender a escuchar?

3. ¿Qué papel juega el asombro en la filiación y en la maduración de la misma?
4. ¿Cómo fomentar concretamente la confianza en la vida familiar y social?

6. Compromiso

-Asistir al festival de Navidad todo el equipo

-Leer el Evangelio del domingo en familia ante la corona de Adviento puesta en casa, encendiendo sucesivamente las cuatro velas de los cuatro domingos de Adviento.

7. Y ¿cómo puedo ampliar?

C. L' ECUYER, *Educación en el asombro*, Plataforma, Barcelona 2013.

R. SPAEMANN, "Confianza", *Revista Empresa y Humanismo* 9 (2005) 131-148.
(<http://jlgonzalezquiros.es/Spaemann.pdf>)